

PRÓLOGO

“Iguala con la vida el pensamiento.”

EL COLOSAL ENDECASÍLABO de la *Epístola moral a Fabio* conviene solo a la inmensa minoría de los mejores, de aquellos que de su oficio han hecho su pasión; de aquellos que de su pasión han hecho su modo de vivir. Pongamos que hablemos de Fernando Doménech, del profesor Doménech, del historiador y crítico teatral Doménech, del teatrero y teatrista Doménech.

Igualar con la vida el pensamiento significa pasar por ella con tanta dignidad como discreción. En ámbitos como la academia y el teatro, tan proclives a los figurones y a algún que otro figurín, Fernando Doménech eligió el papel de modesto figurante, o sea, el de quien ha preferido las voces a los ecos, el silencio al ruido, la “mediana vida”, en fin, a la estentórea y vacua de los pedantones al paño que, según don Antonio, desprecian cuanto ignoran.

Sus orígenes como profesor de instituto acaso nos puedan explicar esta humildad intelectual de que ha hecho siempre gala. El paso por la enseñanza media debería ser casi obligado para todos, y años ha era un buen trampolín para alcanzar la universidad, pero el sistema educativo español –tan azacaneado por los unos y los otros– lo ha ido haciendo imposible. Por suerte, Fernando Doménech encontró acomodo en una institución más acorde con su vocación: la Real Escuela Superior de Arte Dramático.

En la RESAD ha enseñado a varias promociones de estudiantes y, aun con no pocas dificultades, pues que su régimen administrativo semeja una tierra de nadie entre las enseñanzas medias y las universitarias, ha podido dedicarse a la investigación. En esa encrucijada era inevitable que quienes trabajamos en la universidad nos encontráramos en algún momento con él.

Escribimos estas palabras en calidad de directores (uno que fue; otro que es) del Instituto del Teatro de Madrid (ITEM), cuyo germen fue, allá por el año 2000, un doctorado en Historia y Teoría del Teatro. Invento exitoso aquel, en verdad, porque quienes en una universidad como la Complutense querían doctorarse en teatro debían hacerlo antes cursando estudios ajenos por completo a la materia. Y es que, en el país de Lope y Calderón, de Valle-Inclán y Lorca, de Buero Vallejo y Arrabal, el teatro no era –sigue sin serlo– área de conocimiento. No existe, pues, a los efectos oficiales de títulos y cátedras, aunque algunos maestros, como Ricard Salvat y César Oliva, pusieran en su momento alguna pica admirable. Y así, en aquel doctorado, implicamos a los colegas teatristas de diversos departamentos de Filología: latín, inglés, francés, alemán, italiano, ruso... Y también a algunos profesores de otras facultades (Bellas Artes, Geografía e Historia) e instituciones como el CSIC y la RESAD.

Sobre aquel doctorado y el grupo de investigación que lo amparaba, el Seminario de Estudios Teatrales (SET), se levantaría al poco el Instituto del Teatro de Madrid (ITEM). Al cabo de los años, y vista la saludable criatura que es hoy el ITEM, es de recordar la comprensión que entonces encontramos en el rector Carlos Berzosa, así como el apoyo que nos dieron grandes personalidades de nuestra escena, como José Luis Gómez, Ignacio Amestoy, Ernesto Caballero o Eduardo Vasco... Y en seguida vino un máster en Teatro y artes escénicas, y un nuevo doctorado en Estudios Teatrales... Y es de presumir que, en un futuro no muy lejano, a estos hitos pueda añadirse la creación de un grado.

¿Y qué tiene que ver todo este relato, deliberadamente autocomplaciente, de los dos directores del ITEM que hasta la fecha han sido, con Fernando Doménech?, se preguntará el inquieto lector. Mucho, muchísimo, pues en todas estas aventuras lo hemos tenido siempre como cómplice ilustrado. Pudo ser incluso mayor esa colaboración, si en determinado lance administrativo los hados le hubieran sido propicios. Pero no lo fueron, y da igual; basta con lo que nos ha aportado para mostrarle infinita gratitud.

Como las promotoras entusiastas de este homenaje, nuestras queridas colegas Guadalupe Soria y Ana Contreras, se han ocupado de incluir en este volumen el *cursus honorum* de Fernando Doménech, no nos entretendremos en pormenorizar su ingente contribución a los estudios teatrales, sino resumirla a base de cuatro pinceladas.

El siglo XVIII –nadie es perfecto– ha merecido su atención más constante a lo largo del tiempo. Escribió su tesis doctoral acerca de un episodio inédito en la historia teatral de la España de Felipe V: los Trufaldines y la *commedia dell'arte*. A Leandro Moratín dedicó una monografía, escrita con el sentido didáctico que caracteriza cuanto toca Fernando, y que es ya fuente imprescindible para todo aquel que se interese por el autor de *El sí de las niñas*. Subgéneros como la comedia lacrimosa y la comedia de magia han sido, asimismo, objeto de su estudio. Y, naturalmente, las formas breves y el sainete, con Ramón de la Cruz a la cabeza y el menos conocido en esa faceta, Torres Villarroel.

Como profesor que ha sido de la RESAD, los clásicos del Siglo de Oro –Lope de Vega, Agustín de Rojas, Calderón, Rojas Zorrilla– lo han acompañado siempre. A la RESAD se debe, en buena parte, el auge que nuestros clásicos han tenido en los últimos cincuenta años. El magisterio de José Estruch en la RESAD, a su vuelta del exilio a fines de los años 60, encontró eco en las generaciones más jóvenes de entonces y siguientes que, ajenas a los prejuicios políticos de aquellos años convulsos (los clásicos eran poco menos que franquistas) vindicaron sin complejos el teatro áureo: Alonso de Santos, Amestoy, Caballero, Mayorga, Vasco, Pallín, García May, entre otros muchos, y, naturalmente, Fernando Doménech.

Apartado relevante es el de sus libros y artículos alrededor del teatro femenino. Fue colaborador principalísimo en los varios volúmenes que, sobre autoras y directoras en la historia del teatro español, dirigiera el recordado Juan Antonio Hormigón. Además, junto a Felicidad González Santamera, su esposa, editó un precioso *Teatro de mujeres del Barroco*. Ángela de Azevedo, María Rosa Gálvez y Halma Angélico son otras dramaturgas, cada una de época distinta, de las que se ha ocupado con su habitual pericia.

Sus aportaciones al teatro contemporáneo (género chico, Valle-Inclán, Lorca, Casona, La Barraca) y, en particular, al actual, figuran entre lo más importante de su producción. En la prestigiosa colección Clásicos Hispánicos de Cátedra ha publicado varias ediciones de primeros espadas de nuestra dramaturgia, como Ernesto Caballero, Ignacio Amestoy, José Ramón Fernández, Javier García Yagüe y Yolanda Pallín.

Quienes echamos esta loa somos testigos del entusiasmo y del rigor que el aquí homenajeado ha puesto en cuantas empresas se le ha requerido: obras colectivas, proyectos de investigación, seminarios, cursos de verano... Mas de poco

hubiera valido tanto buen hacer, si tales virtudes no hubieran ido acompañadas de esa bonhomía –salpimentada siempre de ironía y buen humor–, en la que el capitán Andrada a buen seguro pensaba cuando trazó el mencionado verso de su epístola, y que a maravilla casa con la figura y la obra de Fernando Doménech.

JAVIER HUERTA CALVO
JULIO VÉLEZ-SAINZ